

## 0016 LAS PIEDRAS HABLAN

Son apenas sesenta kilómetros desde la capital. Una hora escasa de trayecto que me traslada a cincuenta años de distancia en el tiempo. El vehículo me lleva. Las últimas casas del extrarradio de la ciudad se alejan y aparecen como una frontera ante un vacío desconocido y amenazante que las rodea. Conduzco como lo he hecho con mi vida, sin rumbo, hacia ninguna parte. Siento un deseo enorme de escapar por unas horas de mi existencia rutinaria. De tomar aire y huir de una sociedad que te anula y que te obliga a ser algo que no quieres.

La velocidad me permite percibir el paisaje de Castilla. Los suaves y gastados desniveles del terreno delimitan una sucesión infinita de campos amarillos, desérticos y baldíos. Alguna pequeña construcción y el tendido eléctrico, que se pierde en el horizonte, son las únicas huellas de la acción humana.

Dejo que el azar me guíe y salgo de la carretera por un camino polvoriento y tortuoso. Lo sigo y en poco tiempo, al girar uno de los múltiples recodos, aparece, recortada contra el cielo azul, en una pequeña loma, la silueta de un grupo de casas. Se vislumbran los restos de nido abandonado de unas cigüeñas sobre los fragmentos de una torre que debió ser el campanario

Me aproximo y me sitúo a un lado del camino. Paro el motor y bajo del automóvil. Un grupo de gorriones me observan desde las ramas de la encina en la que anidan y, al unísono, como impulsados por algún resorte, se alzan en el aire, revolotean unos instantes entre gorjeos y se alejan.

Me adentro en el conjunto de calles empedradas y polvorientas. Cruce de caminos de antaño, serpentean, se retuercen, se cruzan y confunden entre ellas. Bajan, suben y giran, desorientadas, como en pos de una improbable salida por donde huir de una soledad eterna.

Sólo son ruinas. Piedras centenarias que se agolpan inmóviles, a cada lado, flanqueando las calles. Esos escombros atrapados por la hiedra son vagos recuerdos inertes de lo que en algún tiempo remoto fueron núcleos de vida.

Unas ráfagas de viento soplan inclementes entre ellas y parece que me susurran al oído, como si me llamasen. Me piden que las lea y que, por un instante, las haga olvidar su soledad y escuche su relato. La crónica de lo que han sido testigos imperturbables.

Me detengo y las escucho. Me dicen que están hechas de leyendas y de memorias. De culturas y de civilizaciones. De guerras y de paces. Pero sobretodo, de vida. De vidas que soñaban, amaban, reían, morían y volvían a renacer. De vidas que luchaban por sobrevivir, curtidas a base de un sol agobiante y de un frío despiadado. De vidas trabajadas de la única forma que sabían hacerlo: de sol a sol, con dureza, con esfuerzo. Con resignación heredada de generaciones conscientes de que les iba en ello su existencia.

Me cuentan que, en tiempos fue grande, cuando el mundo era pequeño, pero que se hizo pequeño cuando el mundo fue grande y que entonces la vida se fue alejando de ellas, atraídas por otras esperanzas, mejores, mayores, distintas, más asequibles, menos sufridas. Atraídas por quimeras, por cantos de sirenas hechos de ilusiones y fantasías. Se distanciaron de lo que había sido siempre, para dejarlas, poco a poco en el desamparo de un aislamiento cada vez mayor. Se fueron huyendo de las ruinas sin darse cuenta de que se las llevaban con ellos.

Refieren que fueron refugio de vidas que cobijaron alegrías, y que ahora, rodeadas de abandono, sienten, aunque eso no parezca posible, que les apena lo estéril de esa existencia, de esa inutilidad a la que están condenadas en una espera infinita, incansable, de lo que ya nunca más volverán a ser. Sólo tienen la única compañía de los restos de aquellos que quedaron para siempre en esa tierra.

Recorro una última vez las calles y vuelvo tras mis pasos. La encina que me recibió al inicio ahora está vacía. Los gorriones no están. Quizás ellos tampoco vuelvan.

Me pregunto si no es ya el momento de hacer el camino a la inversa. Volver a este lugar olvidado. Aún no es tarde.